



Esta obra forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto
de Investigaciones Jurídicas de la UNAM

www.juridicas.unam.mx

Capítulo VIII

*De la lectura a que deben dedicarse los que deseen
poseer algún día la elocuencia
parlamentaria*

El hombre debe formar primero su educación oratoria para llegar con el tiempo a ser orador. No negaremos nosotros que para lograrlo entran por mucho las disposiciones naturales; pero sí nos atrevemos a asegurar que entran por mucho más el estudio y el ejercicio, que es lo que constituye aquella educación. La palabra puede compararse a un instrumento músico. En el mismo piano el simple aficionado que no ha adquirido nociones fundamentales, y que sólo se ha dedicado por placer, apenas toca algunos aires ligeros, en tanto que el profesor, que ha invertido su vida en el estudio de la música y que comprende sus delicados misterios, toca armonías inexplicables, nos deleita, nos commueve, nos entusiasma, y nos trasmite los tiernos o arrebatadores sentimientos que han traducido en notas Thalberg, Doler, Herz, Prudent, Gloria y Listz. Esto es también lo que sucede con la palabra. Convencidos de esta verdad, queremos tomar como por la mano al que aspira a ser orador, y señalarle paso a paso el camino que debe seguir.

Creemos que lo primero que debe hacer es elegir buenos modelos, estudiarlos, analizarlos y trabajar sobre ellos lenta y concienzudamente. A este trabajo debe preceder el conocimiento de la retórica y una instrucción suficiente y variada. Leído una y otra vez un discurso, debe dividirlo en las partes de que se compone, estudiar su estructura, su forma, y sus proporciones, descender a cada uno de sus períodos y hasta de sus frases, para tomar así un sabor, un tono, y un gusto que son la mejor preparación para las tentativas ulteriores. ¿Pero qué obras, qué discursos, se nos preguntará ciertamente, son los que deben tomarse por modelos, para hacerlos objeto de ese estudio reflexivo? Vamos a exponer nuestra opinión razonada en materia tan importante, y qué tanto influye en el suceso.

Como preparación, y antes de contraerse a discursos oratorios con forma y medida de tales, creemos que deben leerse y meditarse mucho los libros sagrados; porque en ellos se encuentran pensamientos profundos a la par que brillantes, energía, concisión, bellísimas compara-

La Elocuencia Parlamentaria

ciones, alegorías, y cuanto forma el gusto y lleva a la grandilocuencia. Es imposible que el que se dedica a esta lectura, no se commueva y eleve, y no se sienta trasportado a otras regiones muy diversas de las comunes y prosaicas en que ordinariamente vivimos. En las sagradas letras todo es vivo, todo animado, todo grandioso. Ya demostramos con varios ejemplos en el primer tomo, al tratar del sublime, que nada lo era tanto como la Biblia: ahora citaremos ligeramente algunos pasajes, para que se vea con cuanta razón aconsejamos su lectura al que quiera llegar a ser orador distinguido.

Moisés pasa el mar Rojo con su pueblo fugitivo, y al verse libre de Faraón, entona este himno de reconocimiento: “Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido, y derribó en el mar al caballo y caballero; y a los carros del Faraón y su ejército fueron arrojados al mar; asimismo sus príncipes escogidos fueron sumergidos en el mar Rojo. Los abismos los cubrieron; descendieron al profundo como una piedra. Y con la multitud de tu gloria, has derribado a tus adversarios. Enviaste tu ira que se los tragó como una paja.

Y con el soplo de tu furor, se amontonaron las aguas: paróse la ola corriente. Amontonáronse los abismos en medio del mar.

Dijo el enemigo: “los perseguiré y alcanzaré, repartiré sus despojos, se hartará mi alma, desenvainaré mi espada, y los matará mi mano. Sopló tu espíritu, y cubriólos la mar. Fueron sumergidos como el plomo en aguas impetuosas....”

Porque Faraón entró en el mar con sus carros y gente de a caballo; y el Señor revolvió sobre ellos las aguas.

Mas los hijos de Israel anduvieron por lo seco en medio de las aguas. Y respondía el pueblo: “Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido, y derribó en el mar al caballo y caballero”.

¿Y qué pensaremos de los cantos de Salomón? En ellos decía: “¿Quién subió al cielo y descendió? ¿Quién contuvo el viento en sus manos? ¿Quién recogió las aguas como un vestido? ¿Quién levantó todos los términos de la tierra?”. Estos dos pasajes son de una sublimidad inimitable, al paso que sus comparaciones tan felices como magníficas, dan al alma una valentía de conceptos y una elevación solemne, que en vano se buscaría en otra parte.

Joaquín María López

No menos grande e imponente es el lenguaje de las profecías. La que anunciaba la ruina de Babilonia, se expresa en estos términos formidables: “la soberbia Babilonia, ilustre entre las naciones, orgullo de los Caldeos, será destruida como Sodoma y Gomorra. Será un desierto hasta el fin del mundo, y no la verán restablecida las naciones. El Árabe no plantará en ella su tienda, ni los pastores se detendrán allí. Será el refugio de los animales feroces, sus palacios se llenarán de serpientes, habitarán en ellos aves de mal agüero, y bajo sus techos suntuosos abundarán las bestias feroces lanzando espantosos aullidos”.

En términos no menos terribles exclamaba Jeremías: “¡Oh espada del Señor! ¿Cuándo descansarás? Vuelve a la vaina, refréscate, y enmudece. ¡Oh! ¿Cómo ha de descansar si Dios la ordena que se afile contra Ascalón, y contra sus comarcas marítimas?”.

La que habla de Ciro, dice: “Yo soy el que digo a Jerusalén: tú serás habitada; y a las ciudades de Judá, vosotras seréis edificadas y yo poblaré vuestros desiertos. Ciro es mi pastor y cumplirá mi voluntad: y diré a Jerusalén, *levántate; y al templo, sal de tus ruinas*”.

Pero no es menos notable en su género esa profunda y sagrada melancolía que se nota en otros pasajes.

Así se lamentaban los judíos en su desgracia: “Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos acordándonos de Sion. Colgamos nuestras cítaras de los sauces en la tierra del desierto: allí nos demandaron los que nos llevaron cautivos, palabras de canciones: los que nos arrancaban quejidos de dolor, nos pedían cantos de regocijo. *Cantadnos un himno de los cánticos de Sion*. ¿Cómo cantaremos en tierra extraña? Si me olvidase de tí, Jerusalén, a olvido sea entregada mi diestra. Quede mi lengua pegada a mi garganta, si no me pusiera a Jerusalén por punto principal de mi alegría”.

¿Se quiere otra muestra de esa tristeza indefinible, que penetra y quebranta al alma? Oigamos al mismo Jeremías: “¡Oh, cómo está sentada solitaria y desolada la ciudad antes llena de pueblo”! Ha quedado como viuda y tributaria la señora de las naciones, y no hay quien la consuele entre todos sus amados. Todos sus amigos la desprecian y se la hicieron enemigos. Los caminos de Sion están de luto, porque no hay quien venga a sus solemnidades, desde que el Señor la ha castigado por su iniquidad. Han penetrado los extranjeros en su templo. Sus doncellas y sus mancebos han sido llevados en servidumbre. Se hizo al Señor

La Elocuencia Parlamentaria

como enemigo, oprimió Israel, demolió sus murallas, llenó de abatimiento a la familia de Judá, y a olvido dio su fiesta y su sábado; ya no hay ley, y sus profetas no hallaron visión del Señor”.

¿Se quiere dulzura, suavidad, armonía, esas comparaciones sencillas y tiernas que tanto embellecen la poesía bucólica? Búsquese el libro de los cantares atribuido a Salomón. En él dice la pastora: “No me consideréis que soy morena, porque el sol me estragó el color: los hijos de mi madre me maltrataron; pusieronme por guarda de viñas; mi viña no guardé. ¡Oh, tú, a quien ama mi alma, muéstrame dónde apacientas tus rebaños y dónde seasteas al medio día... oh, qué hermoso eres tú, amado mío!... Como el manzano entre los árboles de las selvas, así es mi amado entre los hijos.

A la sombra de aquel a quien yo había deseado, me senté; y su fruto dulce a mi garganta. ¡Oh! Sostenedme con flores, porque desfallezco de amor. La izquierda de él debajo de mi cabeza, y su derecha me abrazará. La voz de mi amado: vedle que viene saltando por los montes, semejante al cervato.

¡Oh! Ven, amado mío: salgamos al campo, moremos en las granjas. Levantémonos de mañana a las viñas, para ver si producen fruto las flores. Allí te daré lo más dulce que tenga... He guardado para ti las frutas nuevas y las añejas... ¡Oh! Si fueses mi hermano y hubieras mamado la leche de mi madre, hallándote fuera, te besaría y nadie me despreciaría”.

Y el amado responde: “Conjuroos hijas de Jerusalén por las corzas y por los siervos de los campos, que no turbéis el sueño de mi amada. Sus ojos son como los ojos de la paloma: mi amada es entre las doncellas como el lirio entre las espinas. Levántate, ven, mi amiga, mi paloma. Las flores aparecieron en nuestra tierra: se ha oído en nuestra tierra la voz de la tórtola: la higuera brotó sus brevas: las viñas en cierre dieron su olor. ¿Quién es esta que sube por el desierto, como varita de humo de los aromas de mirra y de incienso? ¡Oh, qué hermosa eres! Tus cabellos son como manadas de cabras que treparon del monte de Galaad. Y sus dientes como manadas de ovejas trasquiladas: tu talle esbelto como la palmera: como cacho de granada, así son tus mejillas: tus pechos como dos cervatillos mellizos de corza, los cuales se apacientan entre lirios. Ven, del Líbano, esposa, hermana mía, ven, serás coronada”.

Joaquín María López

En otra parte cuenta la esposa lo que le ha sucedido por la noche. “Yo duermo, y mi corazón vela: la voz de mi amado que toca: ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi sin mancilla; porque mi cabeza llena está de rocío, y mis gudejas de las gotas de la noche... mientras vacilaba, mi amado metió su mano por el resquicio, y a su toque se estremecieron mis entrañas. Levantéme para abrirlle, y mis manos destilaron mirra. Cuando abrí a mi amado, el pestillo se había ya desviado. Mi alma se derritió luego que habló.

La busqué y no le hallé; le llamé y no me respondió.

Conjuroos hijas de Jerusalén si hallaréis a mi amado que le aviséis que de amor desfallezco. Por si no le conocéis, es blanco y rubio, escogido entre millares, su cabeza oro muy bueno, sus cabellos como renuevos de palmas, negros como el cuervo. Sus ojos como las más blancas palomas, sus mejillas como eras de aromas plantados por los perfumeros: sus labios lirios que exhalan su primer perfume...”.

¿Se quieren descripciones, o más bien retratos? Véase el que se hace de una mujer pública. “Sale a la calle para cazar almas, parlera y aduladora, y haciendo del mancebo, le besa con semblante desvergonzado y le acaricia diciendo: “sacrificio ofrecí por tu salud, y hoy cumplí mis votos: por esto he salido a tu encuentro deseosa de verte, y te he hallado. He encordado mi lecho, y le he puesto por paramento cobertores bordados de Egipto: he rociado mi cámara con mirra y aloe y zinamomo.

Ven, embriaguémonos de amores hasta que amanezca el día porque el marido no está en la casa: se fue a un viaje muy largo. Síguela el mozo como el buey que llevan al sacrificio, como cordero que retoza y no sabe que es traído al matadero, hasta que una saeta le atraviesa el lomo: como ave que va al lazo, y no sabe que se trata del lazo de su vida”.

No es menos bello el retrato de la mujer buena. “¿La mujer fuerte, quién la hallará? Inmenso es su precio; confía en ella el corazón de su marido, y no tendrá necesidad de despojos. Le dará el bien y no el mal durante los días de su vida. Buscó la lana y lino, y lo trabajó con la industria de sus manos. Y se levantó de noche, y dio la porción de carne a sus domésticos, y los mantenimientos a las criadas. Tomaron sus dedos el huso. Abrió su mano al desvalido, y extendió sus palmas al pobre... echó delicados lienzos, y los vendió... abrió su boca a la sabiduría,

La Elocuencia Parlamentaria

y la ley de la clemencia está en su lengua. Consideró las veredas de su casa, y no comió ocioso el pan”.

Tal es el lenguaje de los libros de los Hebreos: es la voz del sentimiento que se infiltra en el alma, que derrama en ella, que la halaga o la sacude fuertemente, que la hace recorrer toda la escala de las sensaciones, imprimiéndoles un sello santo, que en vano intentaría grabar en sus obras la mano frágil y perecedera del hombre. Es un drama en que los actores son Dios y el pueblo, las dos cosas más grandes que concebimos, y en que los cuadros se han trazado de un modo que corresponde dignamente a esta grandeza. No sin fundamento, pues, suponen las tradiciones rabínicas que la lengua hebraica fue la primitiva enseñada por el mismo Dios al hombre, y así no debe extrañarse que el orientalista Jones diga que la Biblia contiene más elocuencia, más riqueza poética, y en suma, más bellezas de todas clases que se pueden hallar en todos los libros juntos, cualquiera que haya sido el siglo y el idioma en que se hayan compuesto. ¿Podrán compararse a estos libros los Vedas de la India? ¿Qué valen para retratar la divinidad aquellas palabras: “Con mi forma llega al cielo, me paseo como ligero soplo, habito encima de los cielos, más allá de la tierra, y soy lo infinito?”. ¿Qué valen las palabras del oráculo de Chipre, consultado sobre la esencia de Serapis, cuando contesta: “mi cabeza es la bóveda de los cielos, mi vientre es el mar, mis pies están sobre la tierra, en las regiones del eterno, mis oídos, mis ojos son la faz espléndida del sol que ve a lo lejos? Todas estas son magníficas hipérboles; pero que no llegan ni con mucho a la sublimidad, armonía y bellezas de los libros hebraicos. Su solo *fiat lux* vale por mil producciones ricas en imágenes y henchidas de sentimiento. He aquí por qué recomendamos tanto la lectura de estos libros como la mejor preparación para entrar después en los trabajos oratorios: porque como ha dicho un autor recomendable, la Biblia es el libro de todos los siglos, de todos los pueblos y de todas las jerarquías: posee consuelo para todos los dolores, verdades para todos los tiempos y nutriendo a las almas con las palabras de vida, eleva el entendimiento y cultiva el gusto de lo bello. Ella ha inspirado la divina comedia, el paraíso perdido, las oraciones fúnebres de Bossuet, la athalia de Racine, y los himnos sagrados de Manzoni.

Pasando después a la literatura Griega, deben leerse y estudiarse los oradores y los maestros. El primero entre todos estos últimos, es sin duda Isócrates, de quien nos han trasmítido el elogio más magnífico

Joaquín María López

Dionisio de Halicarnaso al establecer su comparación con Lisias: y sin embargo, creemos que el que aspire a brillar como orador en nuestros tiempos, no debe tomar ni el tono ni los giros de autor tan distinguido. Él escribió siempre para que se leyera, y no habló nunca para ser escuchado. Sus discursos por lo tanto, como formados para ser sometidos en calma a todas las observaciones de la crítica más rigurosa, están ajustados a medida y a compás, todos los períodos tienen casi la misma estructura y casi la misma duración; corren de una manera tranquila y apacible, más a propósito para deleitar que para mover, y carecen de aquellos arranques, de aquellos movimientos de animación y entusiasmo, de aquellas imágenes atrevidas que son tan necesarios en los debates de nuestras actuales Asambleas. Generalmente hablando, un discurso que se encuentra brillante cuando se escucha en boca del orador, no conserva sino un color pálido si se imprime para ser leído; y por el contrario, un discurso escrito con todas las proporciones y reglas, no produce efecto alguno si se recita fielmente en la tribuna. Las oraciones del maestro a quien aludimos serían, trasladadas al debate parlamentario, la mejor prueba de esta verdad. La dirigida a Demónico, a Nicocles, los Panegíricos, la oración a Filipo, la que se titula Archidamo, escrita con motivo de la guerra entre los Tebanos y los Lacedemonios, oración que Filostrato cree ser la mejor de Isócrates; la llamada Areopagítica, la más atrevida de todas, porque tenía tendencia a variar la forma de gobierno, la social o de la paz que escribió Isócrates cuando tenía ya ochenta años, el elogio fúnebre de Evágoras, el Panegírico de Helena, y el irónico de Busiris, el discurso titulado Panatenayco, de que habla Cicerón en su tratado de la vejez, empezado por el autor a los noventa y cuatro años, y concluido después de una enfermedad a los noventa y siete, la oración contra los sofismas y los ocho discursos llamados judiciales, todas estas obras, repetimos, fabricadas con sumo cuidado, con sumo orden y con suma corrección, revelan en su fondo y en sus formas, la tibia inspiración de la soledad y del gabinete, y son más propias a producir el recreo del espíritu, que a excitar las emociones del corazón. Por este motivo sin duda, dice Quintiliano: "Isócrates es puro y aliñado, y mejor para la palestra que para la pelea. No hay gracia ni adorno que no se emplee, y hace bien, porque escribe no para ser escuchado en las juntas públicas, sino para ser leído". Cicerón en su tratado del mejor género de oradores, se explica en términos idénticos: "aún al mismo Isócrates, dice, que ha sido de todos los doctos reconocido por perfecto orador, no le pongo

La Elocuencia Parlamentaria

en este número; porque no se arma para el circo, ni se muestra con el acero, sino que su dicción da bien a entender que no es para la pelea”.

No diremos por cierto otro tanto de Demóstenes. Éste debe ser leído y releído, estudiado y profundizado con la atención más intensa y perseverante. Son immensas las ventajas que puede sacar el que empieza y aun el orador ya formado, de las arengas, discursos, defensas y acusaciones de este hombre incomparable, y aun de la colección de exordios que se encontraron a su muerte, y que abren fácil camino a las primeras tentativas oratorias. Con especialidad sus giros, sus arrebatados movimientos y su dicción toda en la famosa cuestión sobre la corona, forman grandes modelos que no será a todos posible imitar; y ya que hablamos de esta lucha de gigantes, necesario es recomendar como oradores de primer orden a Pericles, Esquines, Foción, Alcibíades y Pisístrato.

Antes de separarnos de la elocuencia griega, aconsejaremos la lectura de las oraciones de Ciro, de Crysantas, de Feraulas a los Persas, del rey de Asiria, de Gobrias Asirio, de Artabazo, de Cambises, del capitán Clearco, del capitán Menón, de Tisafernes, de Cleanor, de Timasión y de Genofonte, que nos ha conservado este último en sus apreciadas obras.

Pasando a la elocuencia latina, Cicerón forma la figura colosal que atrae y fija nuestras miradas. Salustio nos ha trasmítido el discurso de Catilina a sus cómplices para exigirles el juramento de fidelidad, a que es fama siguieron libaciones de vino mezclado con sangre humana. La oración de cicerón al Senado, los dos discursos de Cayo César y Marco Catón, sobre la pena que debía imponerse a los conjurados presos, y el discurso de Catilina a sus soldados al ir a dar batalla. La lectura de estas arengas y de las otras tres que con el mismo motivo dirigió Cicerón al Senado y a los quirites, son tipos acabados que se deben estudiar muy profundamente. Pero aún esto sería encerrar en muy estrecha periferia el provecho que podemos sacar del orador armonioso y elegante que fue a la vez la gloria y la admiración de Roma.

Deben, pues, leerse en Cicerón la oración en favor de la ley Manilia y en alabanza de Pompeyo contra el dictamen de hortensio y Catulo, la oración en que patrocinó a Aulo, Licinio, Archias, la que pronunció aquel orador insigne después de su vuelta del destierro dando gracias al pueblo, la que dirigió al senado con el propio motivo, la que pronunció a favor de Milon por la muerte de Clodio, la pronunciada con ocasión

Joaquín María López

de la vuelta de Marco Marcelo, la que hizo por Ligario, por el rey Deyotaro, y las filípicas contra Marco Antonio.

Acercañados a los tiempos modernos, deben también estudiarse los oradores parlamentarios ingleses. La reseña que de ellos hicimos en el primer tomo al recorrer la historia de la elocuencia, nos excusa de dilatarnos ahora sobre el mismo punto. Pasaremos, pues, a los oradores franceses del tiempo de la Revolución.

Al frente de todos ellos está Mirabeau, astro que brilló como ningún otro en la asamblea constituyente. Sus discursos corren reunidos en tres tomos, que merecen un estudio detenido y reflexivo. Apenas hay uno en que no resplandezcan las brillantes cualidades oratorias de aquel hombre colosal; si bien los pronunciados en ocasiones solemnes o de peligro llevan un sello de elevación, de sublimidad y de magnificencia que colocan al orador en una altura incommensurable.

Pero otros oradores se presentaron en la escena en aquellos tiempos borrascosos de agitación y de entusiasmo. Recomendamos la obra en veinte y tres tomos, que con el título de “Choix de raports, opinions et discours prononcés a la tribune Nationale”, ha conservado el cuadro de tan admirables producciones.

Los discursos del general Foy pronunciados en la tribuna de los diputados, también merecen ser atentamente leídos, aunque no tengan la fuerza, los giros atrevidos, las imágenes valientes o felices que los de Mirabeau: y lo propio decimos de los del desgraciado patriota Benjamín Constant.

Por último, y fijándonos para concluir en los oradores que han ostentado el poder de la palabra desde el año 30 a acá en las Cámaras Francesas, dignos son de honorífica mención y de estudio, los discursos de Mr. Mauguin, Odilon-Barrot, Berryer, Dupin Lamartine, Thiers, Guizot, y otros varios.

Mas el que aspire a la elocuencia varonil inmensamente poderosa, elocuencia sin rival y sin dique, que se proponga por modelo a O'Connell: a ese hombre consagrado a la defensa del pueblo, y con quien el pueblo se ha mostrado como pocas veces, justo y reconocido.

Todavía aconsejaremos al que quiera ser orador parlamentario, que consagre algunas horas a la lectura de la oratoria Sagrada. Prescindiendo de que todos los géneros de elocuencia se tocan y prestan recíprocos

La Elocuencia Parlamentaria

auxilios, hay ocasiones en que el lenguaje del orador parlamentario debe tener la severidad y austерidad que las oraciones del púlpito, y para esos casos será bueno que el orador haya leído a Flechier, Massillon, y como más próximo a nosotros y más en el gusto de nuestros días, al padre Lacordaire.

Finalmente, que el orador se dedique por separado a la lectura de las obras poéticas, entendiendo bajo este nombre, no sólo las de número y medida, sino todas aquellas en que brillan la imaginación, los giros de la fantasía y los pensamientos elevados.

El orador parlamentario cuyo lenguaje no es poético, no es más que medio orador. Lord Byron, Chateaubriand, Lamartine y otros, ofrecen abundantes modelos para formar el mejor gusto.

Réstanos sólo dar una ligera ojeada a nuestra elocuencia parlamentaria actual.

Capítulo IX

Oradores contemporáneos españoles

No basta tomar el sabor y el tono de los oradores antiguos o de los modernos extranjeros. Cada lengua tiene su índole particular, su filosofía, su mayor o menor cadencia, sus giros peculiares, y el orador parlamentario debe acomodarse a todas estas observaciones, si no quiere transpirar un desagradable extranjerismo. Por eso queremos hablar de los oradores contemporáneos de nuestro país.

Delicado es ciertamente sacar a la escena a los hombres que viven entre nosotros, calificar y comparar los dotes oratorios que los distinguen: pero la imitación actual pide modelos actuales, nadie puede ofender cuando admira, y yo no temo ser parcial porque escribo, como dice Tácito, sin amor y sin odio, y antepongo el interés de mi conciencia al interés de los partidos.

ARGÜELLES: Yo no he alcanzado a aquel sol más que en su ocaso. Conocíase al escucharle, que los años, los disgustos y los padecimientos, habían quebrantado su alma a la vez que su salud, y que sus palabras eran los restos conservados en el naufragio, los ecos casi espirantes de una voz que había sido inmensamente poderosa. Ya no nos presentaba aquel varón insigne y virtuoso en la lucha parlamentaria, más que el esqueleto; pero era el esqueleto de un gigante que hacía calcular hasta dónde en sus buenos días habría llegado su fuerza omnipotente en la tribuna. Era claro y fluido en sus razonamientos y aunque algunas veces degeneraba en difuso, y por consiguiente en lánguido, se reanimaba en ocasiones, y entonces aparecía enérgico, rápido, vehemente, y con una valentía de imágenes y de conceptos que apenas se podía comprender en su edad avanzada. La idea que se tenía de su virtud, entraba por mucho en el efecto que producía su elocuencia. Era verdadero emblema del padre de la luz: había abrazado con su palabra cuando estaba a la mitad de su carrera, y al ir a trasponer de este mundo, tenía la misma magnitud aunque con más tibios resplandores.

MARTÍNEZ DE LA ROSA: es un orador sumamente correcto y fluido. Su palabra es la brisa suave de la tarde, el perfume de la flor, la corrien-

La Elocuencia Parlamentaria

te mansa del arroyo, que trae a nuestros oídos un rumor dulce y delicioso. Se inflama y eleva cuando la materia lo requiere, y entonces entra en las regiones de la grandilocuencia, y sus golpes son tan profundos como certeros. Pero aun en estos momentos solemnes conserva todo su arte y toda su armonía, como el gladiador antiguo cuidaba de conservar su gracia y su elegancia aun para caer. En sus pensamientos hay algunas veces más belleza que solidez, y suelen parecerse a las piedras falsas que deslumbran con su brillo, hasta el punto de tomarse por verdaderas. En lo que se le encuentra más armonioso y feliz, es en las amplificaciones de nombres, de adjetivos y de verbos, que maneja con una destreza singular. Frecuentemente, cuando pasada la impresión fascinadora del momento examinamos sus raciocinios a la luz de la lógica inflexible y en la calma y serenidad del espíritu, los hallamos muy diferentes de lo que nos habían parecido, y les notamos varios puntos por donde flaquean. Entonces conocemos que la mayor parte del mérito estaba en el ropaje y en el modo de presentar las ideas, y admiramos más y más el talento de este orador.

CORTINA: Éste es el Foción de nuestros días. Su arma es la lógica más severa, unida a la sagacidad. Habla con la corrección de un libro, con el aplomo de un jurisconsulto, y con la destreza de un hombre que ha empleado la mayor parte de su vida en los debates judiciales y políticos. El sello de sus discursos es la profundidad en los conceptos, la severidad en los principios, y la más esmerada urbanidad en las formas. Sus demostraciones son tan vigorosas y exactas, que parece haber trasladado las matemáticas a la tribuna. Su decir es grave; y si no siempre arranca el auditorio del sitio en que está para llevarle en las ondulaciones de su palabra a las regiones de la fantasía, le hace conocer que donde está se encuentra muy bien, y que allí se siente completamente convencido. Se necesita suma habilidad para destruir un discurso del Sr. Cortina; porque todas sus partes están trabadas entre sí del modo más fuerte e indisoluble, y forman un todo compacto e inexpugnable, parecido a la falange Macedonia de que nos hablan los antiguos historiadores.

Olózaga: Cuanto tienen los discursos de Cortina de concisión y rigorismo, tienen los de Olózaga de expansión, de belleza y de brillantez. La palabra de este orador es tan clara como su pensamiento, y en su pensamiento se retrata una lógica feliz que no la enseñan los libros. Cuando se apodera de un concepto, lo sigue y desmenuza hasta en sus últi-

Joaquín María López

mas aplicaciones; pero con tal tino y elegancia, que nos parece estar a la flor del agua, cuando en realidad estamos sobre las arenas que le sirven de lecho. En los discursos de Olózaga hay ingenio para encontrar medios y salidas inopinadas, talento para dirigir estos medios, y elocuencia para darles toda su importancia y todo su valor. Su decir es claro y repasado, sus giros bellos y pomposos, sus ademanes dignos y nobles; y cuando se eleva es fuete como la tempestad y asolador como el rayo. Sus palabras tienen alguna vez una amargura disfrazada que hace penetrar el dardo hasta el corazón. Olózaga es un rival muy temible en la tribuna, porque es imposible sorprenderle, y casi imposible derribarle. Se plega con igual facilidad a todas las materias y a todos los géneros de elocuencia, y en los momentos de calor ejerce una virtud magnética que le hace dueño de cuantos le escuchan sin pasión o sin prevenciones.

ALCALÁ GALIANO: Una parte de la ventaja de este orador, consiste en su pronunciación sonora, medida y diestramente acompasada de que se conoce ha hecho un particular estudio, y en los ademanes y acción con que la acompaña. Cópíese exactamente un trozo que en boca del Sr. Galiano haya hecho grande efecto, repítalo cualquier otro sin alterar una sílaba, y sin embargo, ya no es el mismo ni gusta como antes. Este orador es correcto, afluente, vigoroso, con un pensamiento rápido como la exhalación y con una erudición vasta y variada, que le ofrece recursos continuos en sus brillantes peroraciones. Cuando le oímos nos identificamos con él pensamos como él piensa, y sentimos como él siente. No hay materia por árida que sea, que no se amenice en sus labios. Su fuerza en la tribuna no es la de los hombres comunes ni aun de los atletas; es la de los titanes que arrancaron los montes y los pusieron uno sobre otro para escalar el cielo. En resumen: A Argüelles se le conocía en la tribuna que era sobre todo Español, a Martínez de la Rosa se le conoce que es poeta; a Cortina se le conoce que es abogado; a Olózaga se le conoce que es diplomático; pero a Galiano sólo se le conoce que es cosmopolita en todas las materias, en todas las ciencias y en todas las profesiones.